



Misa Solemne de Todos los Santos, en las representaciones extraordinarias del Misteri d'Elx.

Santa María, 1 de noviembre de 2018

Unidos a toda la Iglesia celebramos la solemnidad singular de Todos los Santos; y, en este marco tan significativo, revivimos las representaciones extraordinarias del Misteri, la representación maravillosa de la Asunción de Santa María, de ella que es la Santa entre las santas, y que es llevada en cuerpo y alma al cielo.

La Iglesia, realmente madre y maestra, que hace todo cuanto puede para llevar a sus hijos a la santidad, sale hoy a nuestro encuentro para presentarnos a todos los santos, nuestros hermanos.

El Apocalipsis, que hemos escuchado en la primera lectura, revela a Juan una increíble visión: “Miré y pude ver una muchedumbre inmensa, incontable, que procedía de toda nación, razas, pueblos y lenguas...” (7, 9). Nadie queda excluido. Aquella muchedumbre está formada por todos los “hijos de Dios”.

La santidad, que está en el corazón del pontificado de Papa Francisco, ha sido especialmente iluminada en su Exhortación “Gaudete et Exultate” del día 19 de marzo de este mismo año. Santidad cotidiana, santidad que debe buscarse en la vida ordinaria, “santidad de la puerta de al lado”, “de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios” (GE 7). Así alerta de buscarla en modelos abstractos o sobrehumanos. Afirmando, en su predicación, un no a “una santidad de tintorería”... “toda bella, bien hecha” (Santa Marta, 14 Oct. 2013) alertando del “fingimiento de la Santidad” (Id. 3-III-15).

Más bien, pide fijarse en personas que “aún en medio de imperfecciones y caídas, siguieron adelante y agradaron al Señor” (GE 3).

Llama, también, a entender que la santidad no se vive en el aislamiento, sino en el cuerpo vivo del Pueblo de Dios, en nuestra Santa Madre Iglesia. Esta experiencia no sólo es con los que tenemos a nuestro lado, comprende también a los que nos han precedido: “estamos rodeados – dirá- de una ingente nube de testigos” que “nos alientan... nos estimulan” (GE 3). Se puede decir que sus vidas han florecido en las nuestras; nos ha tocado –por gracia- la fragancia de su santidad. Es el maravilloso misterio, tan oportuno recordar en la fiesta de hoy, de la comunión de los santos.

El Papa apela a la santidad vivida en la propia vocación y misión en la tierra: “Cada santo es una misión” (GE 19). Impresiona el carácter tan concreto de sus ejemplos, el llamamiento que hace a discernir el propio sendero, la santidad que Dios quiere de cada uno, el propio camino de santidad, así como su entrañable referencia a Teresa del Niño Jesús, a sus escritos autobiográficos, cuando “señala su ‘pequeño camino’ hacia Dios”. Hablándonos de una santidad gradual, global y sin vallas, todo un misterio de gracia que nos va transformando (cf. GE 50).

Y Papa Francisco en su Exhortación, en su llamamiento, nos propone como referencia central precisamente el Evangelio de hoy, que acabamos de escuchar, las Bienaventuranzas. Ante la pregunta ¿qué hacer, pues? Dice: La respuesta “es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el Sermón de las bienaventuranzas” (GE 63), y se detiene en cada frase de las Bienaventuranzas; presenta así una santidad plenamente evangélica, “sine glosa” y sin excusas: “El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas” (GE 97). La santidad se describe en las Bienaventuranzas (cf. Mt, 5,1-12).

Sin duda son un gran regalo. La concepción de la felicidad evangélica, contraria a la cultura dominante, es una enseñanza preciosa. Sin duda podemos preguntarnos: ¿cómo puede uno ser feliz si es pobre, si está afligido, si es humilde y misericordioso? Pero si observamos con mayor atención las causas de la amargura de la vida, descubrimos que son la insaciabilidad, la arrogancia, el abuso y la indiferencia de los seres humanos. El camino de la santidad no es, pues, un camino extraordinario; es más el camino cotidiano de hombres y mujeres que quieren vivir a la luz

del Evangelio, que quieren –con la ayuda de Dios- vivir liberados de ataduras internas y externas, separados –por gracia- del destino triste de este mundo.

Nadie tan libre y llena de luz –tan santa- como María. Como dice Papa Francisco, “ella vivió como nadie las bienaventuranzas”... “Es la Santa entre los Santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña” (GE 176).

Esa es la dicha de Elche, la de toda nuestra tierra, verla así: llena de ansia de Jesús, como se canta en el Misteri; llegando a la meta junto a la Trinidad en la Gloria; siendo la que nos muestra el camino y, a la vez, la que nos ayuda a recorrerlo.

Pidamos su intercesión por todos nosotros en la Eucaristía, para que ella nos ayude a no perdernos en el camino, a no quedarnos a medias, a entrar en la santidad que Dios nos ofrece y de la que Ella está llena, a llegar al cielo, que es Dios, donde nos espera. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.